

# Reflexión teológica sobre la realidad actual en la Argentina

(1)

## INTRODUCCION

Ante todo, hemos de hacer tres reflexiones previas.

1) Una interpretación teológica de la realidad actual en la Argentina, tiene que ser hecha *desde la fe* (desde la Palabra evangélica) y proyectarse sobre la *totalidad fundamental* de los acontecimientos que vive el hombre argentino hoy. Es decir, que la situación argentina tiene que ser descripta e interpretada evangélicamente *en su conjunto* (aspecto económico, social, político, cultural y religioso) tratando de descifrar luego cuál es el problema *fundamental* o primero y analizando al mismo tiempo, con toda lealtad, la actitud *histórica de la Iglesia* en relación con esta situación global del hombre argentino.

Este hombre —cualquiera sea su condición social o económica, su participación en la cultura, o la política, su grado de posesión o maduración de la fe— es imagen de Dios, portador de una semilla divina, artífice de su propio destino, llamado a una plenitud personal temporal y eterna. Llamado no sólo a tener más, a poder más, a conocer más, sino fundamentalmente a *ser más*. Este hombre tiene que ser *salvado integralmente*: en su cuerpo y en su alma, en su inteligencia y en su voluntad, en su corazón y en su conciencia, en su personalidad interior y en su relación comunitaria (familia, trabajo, sociedad), en el tiempo y en la eternidad. La Iglesia se ofrece a este hombre concreto —que vive en el Barrio Norte o en una villa de emergencia, en la llanura pampeana o en los bosques y espesuras del Norte— como “instrumento” y “signo” de salvación.

La Iglesia ha recibido de Cristo la misión de salvar a este hombre ya *desde ahora*, es decir, como ser situado en el mundo y en la historia.

Entonces nos hacemos dos preguntas:

- a) ¿Este hombre concreto, está verdaderamente en camino de salvación integral? ¿Las condiciones objetivas en que vive, facilitan o dificultan el desarrollo pleno de sus valores humanos y divinos?
- b) ¿La Comunidad de los creyentes —Obispos, presbíteros, religiosos y laicos— ha *descubierto* a este hombre concreto en su situación real, en su vocación divina temporal y eterna en sus posibilidades y obstáculos de realización

de su destino? ¿Ha penetrado totalmente en el *único plan de salvación* que Dios tiene trazado por Cristo sobre este hombre? ¿Le ha proclamado integralmente el Mensaje de salvación y le ha comunicado —a través de sus miembros e instituciones— la totalidad de la gracia de Dios, fuente de salvación para todos los hombres?

Cualquiera sea nuestra respuesta, hemos de darla desde una fidelidad esencial a nuestra *misión única* de Iglesia: “ser el *sacramento universal de salvación*”. (L.G. 48). Lo cual importa una doble fidelidad: a las exigencias del Evangelio y a las expectativas de los hombres.

Importa, luego, una generosa disponibilidad para la *conversión* (convertirnos nosotros y llamar a los hombres a la *conversión*). Importa, finalmente, una heroica y comprometedora tarea de *servicio*: “No impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para condenar, para servir y no para ser servido” (G.S. 3). El testimonio profético de la Iglesia y su actitud servidora, son siempre en orden a la salvación.

2) Esta interpretación teológica —que importa un descubrimiento, una conversión y un compromiso— debe hacerse “*colegialmente*”. Todos los Obispos somos solidariamente responsables de toda la Iglesia en Argentina. Lo cual implica que *todos* hemos de abrirnos a la *realidad nacional*, saliendo a veces de nuestra Iglesia local o regional (aunque haya problemas que no nos afecten tan inmediatamente: zonas particularmente subdesarrolladas, marginación cultural o social, tentaciones de violencias o rebeldía, evangelización incompleta, escasez de laicos comprometidos, descontento de clero, etc.). Esto supone analizar *juntos* un problema que no nos toca tan inmediatamente quizás y ayudarnos fraternalmente a resolverlo. Por lo menos, sostenernos mutuamente, animarnos, iluminarnos. Más que nunca hace falta el diálogo sincero, fraterno y activo entre los Obispos. Diálogo que nos ayude a descubrir juntos, con la mayor exactitud posible, la real situación del país (sus problemas más graves y urgentes), a fin de interpretarlos evangélicamente de la misma manera, y comprometernos *colegialmente* a la misma decisión pastoral.

3) Esta interpretación teológica —hecha con todo realismo evangélico— debe realizarse en una perspectiva de fuerte *optimismo* sobrenatural, de auténtica *esperanza* cristiana. Vivimos un momento particularmente difícil, de cambios profundos, de tensiones tremendas, de incertidumbres angustiosas. Es un momento de crisis muy seria. En el interior de nuestra Iglesia, de mucho dolor y desgarramiento. Pero un momento muy de Dios; de gran-

des posibilidades, de aspiraciones auténticas, de positivas riquezas. Sin dejar de ver los riesgos y peligros de la hora nuestra en Argentina, los Obispos no podemos dar la sensación de inseguridad, de miedo, de pesimismo. Valen para nosotros las consoladoras palabras de Pablo VI al inaugurar la 2ª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: “No temáis. Esta es para la Iglesia una hora de ánimo y confianza en el Señor”.

### I — *Situación de Pecado*

La misión única de la Iglesia —“sacramento universal de salvación”— importa, como en Cristo, “quitar el pecado del mundo” (J. 1, 29). Porque la salvación importa siempre una *liberación del pecado*, mediante la comunicación de la gracia de Cristo. “El nos libró del poder de las tinieblas y nos hizo entrar en el Reino de su Hijo muy querido, en quien tenemos la redención y el perdón de los pecados” (Col. 1, 13-14). Las grandes maravillas de Dios, en la historia de la salvación, han sido siempre maravillas de *liberación* (Cf. Exodo). Intervenciones liberadoras de Dios que han hecho posible que Israel fuera un pueblo libre —fuera *Su* pueblo— y que nosotros nacíramos, como nuevo Pueblo de Dios, “no de la esclava, sino de la libre” (Gal. 4, 31).

Podemos preguntarnos si la realidad expuesta —social, económica, cultural y religiosa— configura para Argentina una verdadera situación de pecado. La expresión —si no se la explica— puede resultar dura y quizás injusta.

El pecado se da siempre en el interior del hombre, que por su libertad, es capaz de rechazar el amor, de instalar la injusticia. Es decir, es capaz de rechazar a Dios. Pero de allí pasa a las actividades del hombre, a sus instituciones y cosas, a las estructuras creadas por él. La misma creación —obra buena de Dios— puede estar sujeta a servidumbre “no voluntariamente, sino por causa de quien la sometió” (Rom. 8, 20).

De aquí surgen situaciones que, subjetivamente libres de la inmediata responsabilidad de muchos, resultan sin embargo objetivamente situaciones de pecado. Corresponde a la Iglesia descubrirlas, denunciar las causas libres que las originan, ayudar a superarlas en cuanto dependen de la voluntad culpable de los hombres. No siempre la desigualdad social es obra de injusticia, y por consiguiente, reveladora de un pecado. Forma parte, a veces, de un designio divino cuyo misterio hay que penetrar de otra manera.

El hombre es, a veces, el único responsable de no ser personalmente fiel a su vocación divina de un desarrollo integral, de no asumir generosamente su propio destino, de no salir de una

servidumbre interna que lo oprime, de no decidirse a ser plenamente él mismo. El pecado está entonces en el interior del hombre mismo. Aquí la tarea evangelizadora de la Iglesia consiste en hacerle descubrir su semilla divina y su misión, e infundirle la potencia vivificadora del espíritu.

Pero hay situaciones que dependen de actitudes injustas, más o menos conscientes, de otros. Actitudes injustas que originan fundamentalmente, un modo de dependencia y opresión. Acumulación excesiva de bienes materiales, que Dios ha creado para servicio de todos, en manos de unos pocos, con la consiguiente situación de miseria en la mayoría (hambre, desnudez, enfermedad, falta de vivienda y de trabajo). Acaparamiento del poder de decisión por unos pocos, con la consiguiente falta de *participación* en la mayoría. Condiciones infrahumanas de existencia que hacen prácticamente imposible el acceso de muchos a los bienes de la civilización y de la cultura.

Todo lo cual constituye un oprimente estado de dependencia —a nivel de pueblos, de clases o de personas— que impide el ejercicio de una libertad plena. Dependencia económica, social, política, cultural o religiosa, que impide que un pueblo o un hombre se realicen en su originalidad propia.

Todo esto configura un estado de “marginación” culpable, directamente opuesto a la solidaridad humana y a la vocación cristiana de comunión en el mismo Cuerpo. “Todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo Cuerpo —judíos y griegos, esclavos y hombres libres— y todos hemos bebido de un mismo Espíritu” (I Cor. 12, 13).

El pecado está aquí en la injusticia de los hombres que, por egoísmo, por evasión o por insensibilidad, crean o mantienen culpablemente estructuras opresoras de la dignidad humana. Destruyen prácticamente la imagen de Dios en el hombre. Atacan a Dios (y eso es el pecado) al atacar su obra. Dificultan la libertad personal y comprometen la paz.

Corresponde a la Iglesia denunciar proféticamente estas injusticias, despertar la conciencia de las clases dirigentes, y comprometer a sus miembros en la transformación pacífica —pero rápida y profunda— de tales estructuras. Corresponde a la Iglesia inspirar y promover el verdadero *cambio* que no sólo posibilite a los hombres “tener más” y vivir mejor, sino “ser más” y convertirse verdaderamente en artífices libres de su destino.

## II — *Misión única de la Iglesia*

Esto nos lleva a pensar en la *misión esencial* de la Iglesia. Su tarea directa no es construir la ciudad terrena, sino preparar

en el tiempo la Jerusalén definitiva. Su misión esencial es predicar el Evangelio del Reino, que ya viene dándose ahora, recrear a los hombres en Cristo, conducirlos por el Espíritu en su plenitud consumada en la gloria del Padre. En otras palabras, su misión esencial es ofrecer a *todo* el hombre (alma y cuerpo) su salvación *interior* (tiempo y eternidad). Lo cual supone comprometerse a *liberarlo* (la liberación es una categoría bíblica esencialmente ligada al Misterio Pascual) del pecado y sus servidumbres, ayudarlo a *realizar* todos sus valores humanos, *insertarlo* por la fe y la caridad en el Cristo vivo.

Surge así la tarea evangelizadora de la Iglesia. El mensaje central será siempre el mismo: "Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a la Escritura. Fue sepultado y resucitó al tercer día, de acuerdo a la Escritura" (I Cor. 15, 3-4).

Desde el punto de vista de la salvación, el mensaje central será éste: "No existe bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres, por el cual podemos alcanzar la salvación" (Hechos 4,12).

La realidad angustiosa del hombre que debe ser salvado (de nuestro hombre argentino que debe ser interpretado y promovido), la mentalidad concreta de nuestro pueblo, no puede hacernos perder "el lenguaje de la cruz" ni olvidar que Dios siempre salva "por la locura de la predicación" (I Cor. 1, 18-25).

En este sentido debemos ser fieles al "Evangelio de la salvación" (Rom. 1,16) sin desfigurar el contenido sobrenatural y trascendente de su mensaje. Nos corresponde anunciar siempre "La buena Noticia de Jesús" (Hechos 8, 35).

La realidad religiosa de nuestro pueblo argentino —bautizado en su mayoría, pero apenas superficialmente evangelizado— exige un compromiso serio en todos los miembros de nuestra Iglesia: asimilar hondamente la Palabra de Dios para llevar a los hombres a una sabia purificación de su fe, a su plena maduración y a su auténtico compromiso. Será todo el trabajo de una Predicación, de una Catequesis de una Liturgia, auténticamente renovadas.

Pero la evangelización —transmisión de la Buena Nueva de la salvación, por la palabra y el testimonio— comprende necesariamente, si es verdadera, todo el ámbito de la promoción humana, si es integral y plena. Son campos esencialmente distintos —el de la naturaleza y la gracia, el de la Iglesia y el mundo, el de la construcción del Reino y la actividad temporal— pero misteriosamente compenetrados e inseparablemente unidos. Hemos de evitar, por un lado la identificación, por el otro el dualismo.

La misión de la Iglesia es una sola: salvar integralmente al hombre. Como "la vocación suprema del hombre es una sola, es decir, divina" (G.S. 22).

No podemos reducir el Evangelio a una simple declaración de los derechos humanos ni a una violenta reclamación contra la injusticia de los poderosos. El evangelio es esencialmente la manifestación de la "gracia de Dios, que es fuente de salvación para todos los hombres" (Tito 2, 11). Es una exigencia a la conversión y a la fe, porque el Reino de Dios ha entrado por Cristo en la historia (Mc. 1, 15). Es una invitación al anonadamiento y la cruz, como condición esencial de seguimiento del Señor (Mt. 16, 24). Es una exhortación a la vigilancia y a la fidelidad (Mt. 24, 44). El Evangelio es esencialmente la revelación de la *acción salvadora de Dios* para el hombre.

Pero, por lo mismo, el Evangelio no puede reducirse a una abstracta proclamación de los misterios divinos, sin ninguna relación con la situación concreta del hombre que debe ser salvado. Y que debe ser salvado ya *desde ahora*. Las Bienaventuranzas evangélicas constituyen una meta que debe empezarse a alcanzar *ya en el tiempo*.

A Jesucristo le interesa el hombre de su tiempo. Se identifica con él en su situación concreta y lo asume en su totalidad, excepto el pecado. Siente necesidad de abrirle "los misterios del Reino de los cielos" (Mt. 13, 11), pero experimenta "compasión de la muchedumbre" que le sigue en la pobreza (Mt. 15, 32). Introduce en el paráclito la gracia del perdón de sus pecados, pero restituye la agilidad a sus miembros paralizados (Mc. 2, 1-12). Manda a sus apóstoles que anuncien la Buena Noticia, pero les da también poder para que curen enfermos en todas partes (Luc. 9, 1-6). Es decir, que la proclamación del Reino y su cercanía van siempre unidas con una liberación y promoción del hombre. El signo de que el Reino de Dios ha llegado a nosotros, es que Cristo expulsa el mal por el Espíritu de Dios (Mt. 12, 28).

Cuando la promoción humana es entendida en su dimensión total, (inserción vital en Cristo hasta la vida eterna), es inseparable de una auténtica evangelización. Esta debe llevar al hombre a una plena realización de su imagen divina. Cuando el hombre no puede participar en los bienes de la civilización y de la cultura, cuando no puede liberarse por sí mismo de las servidumbres que lo oprimen, cuando no puede ser él mismo el artífice de su vocación divina, la Iglesia se siente comprometida a proclamar el Evangelio de la salvación, llamando a los responsables a la conversión, testificando la verdad, reclamando la justicia, urgiendo el amor.

Pero la misión profética de la Iglesia —responsabilidad de todo el Pueblo de Dios —exige ser ejercida de modo distinto por clérigos y laicos. Todos somos responsables de la misma tarea evangelizadora de la Iglesia. Pero de distinto modo.

Aún en el campo de la pura proclamación de la fe —en orden a una religiosidad más profunda y madura— el laico debe asumir su condición esencialmente “secular” y realizar su tarea apostólica, por la palabra y el testimonio, viviendo a fondo “en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo”, y guiado por el espíritu evangélico, santificar el mundo “desde dentro, a modo de fermento” (L.G. 31). La vocación apostólica de los laicos —el compromiso concreto de su fe— debe ser comprendido “en el interior, y no fuera de su propio compromiso temporal” (Doc. de Medellín - Mov. de los laicos N<sup>o</sup> 11).

Pero es en el ámbito de la promoción humana, donde la tarea evangelizadora de la Iglesia exige deslindar bien los campos. Para que los laicos no exijan de la Jerarquía —Obispos y sacerdotes— lo que ella no puede dar. “De los sacerdotes, los laicos pueden esperar orientación e impulso espiritual. Pero no piensen que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aún graves, que surjan. *No es ésa su misión.* Cumplan más bien los laicos su propia función con la luz de la sabiduría cristiana y con la observancia atenta de la doctrina del Magisterio” (G.S. 43). A los pastores corresponde animar los grupos apostólicos, haciéndolos reflexionar y madurar en la acción mediante una constante referencia al Evangelio.

Por parte de la Jerarquía —Obispos y Sacerdotes— puede haber un doble riesgo: asumir actitudes específicas de los laicos (nueva forma de “clericalismo”) o evadir sistemáticamente, por desconocimiento, por insensibilidad, por miedo, o por falta de comprensión de lo que importa su tarea específica (exigencias plenas de la evangelización, compromiso completo de lo espiritual y religioso), la denuncia concreta de injusticias evidentes, llamamiento claro y valiente a los principales responsables para una transformación rápida y global de las estructuras que atentan contra la dignidad humana y la promoción de los pueblos.

### III — *Condiciones de nuestra Iglesia*

La Iglesia en la Argentina *descubre* que muchos de sus hombres y pueblos no están en camino de una salvación integral. Que hay grandes desigualdades, provocadas por la injusticia de algunos. Que existen sectores totalmente marginados, sin posibilidades de participación en los bienes de la naturaleza y del espíritu. Que existen formas de opresión y dependencia. Todo lo cual configura, en gran parte, una objetiva situación de pecado.

La Iglesia en la Argentina descubre, también, que su misión única — eminentemente espiritual y religiosa— es hacer posible al hombre y a todos los hombres su salvación integral. Salvación

que, en definitiva, no puede venir sino de Cristo que es el único que libera al mundo de su pecado y comunica el don del Espíritu.

Pero, ¿cómo tiene que presentarse esta Iglesia nuestra para ser verdaderamente un “sacramento del Señor”, un “signo” e “instrumento” de salvación?

a) Ante todo, como una Iglesia *pobre*, anonadada, servidora de los hombres. La pobreza es exigida por esencial fidelidad a Cristo quien “siendo rico se hizo pobre por nosotros a fin de enriquecernos con su pobreza” (2 Cor. 3, 9). Es exigida también, por elemental solidaridad con los desposeídos. Es exigida por libertad en la proclamación del Evangelio que no se apoya en “el prestigio de la sabiduría humana”, sino que es “manifestación del poder del Espíritu” (I Cor. 2, 1-5).

La pobreza hemos de vivirla en la sencillez de nuestra vida, en la austeridad de nuestras instituciones, en la disponibilidad de nuestros bienes para la utilidad común. Pobreza efectiva y práctica. Hemos de vivirla como servicio, más que proclamarla como violencia. Hemos de vivirla con sencillez, como actitud interior, profunda y simple. No es pobre quien se siente superior, seguro y fuerte. No es pobre quien domina, sino quien sirve. La verdadera pobreza experimenta una necesidad profunda de Dios y de los otros. No es pobre quien siente orgullo de su pobreza y hace ostensible manifestación de ella. La pobreza es esencialmente servicio y amor, desprendimiento y libertad, serenidad y gozo. No siembra resentimientos, no engendra amarguras, ni provoca violencias. Tampoco constituye un estado definitivo.

Una Iglesia pobre no se siente ligada a los poderes temporales y confía sólo en “las armas del espíritu”. Una Iglesia pobre siente predilección por los desposeídos, pero sin despreciar a los ricos. Una Iglesia pobre asume la pobreza para redimirla, asume la condición de esclavo para hacer al hombre, libre.

b) Otra condición de nuestra Iglesia es vivir a fondo su “*comunión*”. Ante todo, con el Cristo muerto y resucitado, con el Cristo glorificado, Señor de la historia. Debe ser siempre —en la totalidad de sus miembros— “el sacramento del Señor”. Su palabra y sus gestos deben ser reveladores de que el Reino del Señor “no es de este mundo” (J. 18, 36). Debe descartar la tentación de los apóstoles: “Señor, ¿usamos la espada?” (Luc. 22,49). Descartar también la tentación de convertirse en una sociedad dirimente de los pleitos humanos (Luc. 12, 14).

Pero la comunión debe darse después en el seno mismo de nuestra Iglesia, único Pueblo de Dios. Esto exige la sinceridad de un diálogo fraterno y efectivo: entre el Obispo y su Presbiterio, entre los Pastores (Obispo y sacerdotes) y los laicos. Diálogo



que sea verdadera participación en la tarea pastoral. Diálogo que respete las diversas funciones y reconozca los diferentes carismas. Precisamente este diálogo hará que los pastores —Obispos y presbíteros— descubran realmente la situación concreta de los hombres, y que los laicos asuman sus responsabilidades propias, su irrenunciable tarea específica. Se evitarían muchas tensiones innecesarias.

Finalmente, es necesaria la comunión afectiva y efectiva con el mundo. Distinta del mundo, la Iglesia se siente, sin embargo, insertada en él como fermento y alma, profundamente compenetrada con su suerte terrena, salvadoramente responsable de su destino. “Al buscar su propio fin de salvación, la Iglesia no sólo comunica la vida divina al hombre, sino que, además, difunde sobre el universo mundo, en cierto modo, el reflejo de su luz, sobre todo curando y elevando la dignidad de la persona humana, consolidando la firmeza de la sociedad y dotando a la actividad diaria de la humanidad de un sentido y de una significación mucho más profunda” (G.S. 40).

En este sentido nuestros hombres y pueblos tienen que sentirnos más cerca y más dentro de sus problemas, comprendiendo e interpretando realmente sus angustias y esperanzas. Sobre todo tienen que descubrir en nuestras actitudes, la potencia transformadora del Evangelio y —a través de laicos sólidamente formados y por lo mismo generosamente comprometidos— la fuerza vivificadora de la fe, de la esperanza y de la caridad cristianas.

c) Esto nos llevaría a destacar una tercera condición de nuestra Iglesia en Argentina, como signo evidente de una presencia salvadora del Señor: una Iglesia verdaderamente *servidora del hombre*. Así definió Pablo VI a la Iglesia que salía renovada del Concilio: como “servidora de la humanidad”.

Esto hay que entenderlo bien: tanto desde el punto de vista del “humanismo”, como del “servicio”.

Si la Iglesia centra su preocupación en el hombre, es sólo desde Dios y para Dios. Es sólo porque sabe que el hombre es ahora el sujeto de la redención de la Iglesia y que no puede glorificar a Dios sino salvando al hombre. Porque descubre en él una imagen divina que debe llevar a la plenitud en la gloria. Porque entiende que glorificar a Dios es reverenciar su obra príncipe, y amar a Dios es servir a los hombres. Pero lo que importa en definitiva, es “la gloria de Dios” que se refleja en el hombre y a la que el hombre está definitivamente llamado. Podemos correr el riesgo de olvidar la dimensión final —trascendente y escatológica— del cristianismo. Podemos volver a separar —ahora desde otra perspectiva temporalista lo que Dios ha unido en Cristo. En este sentido se justifica la prudente advertencia de Pablo VI

sobre el “fenómeno de la religión antropocéntrica” y sobre “el peligro de transformar la teología en sociología” (Aloc. 11. VII. 68).

Por lo mismo, el primer servicio que debemos prestar al hombre es el descubrimiento y comunicación del Dios vivo. Es el sentido verdadero de la salvación integral y del humanismo pleno: llevar al hombre, mediante la comunicación del Espíritu y su inserción en el Cristo vivo, al reposo definitivo del Padre. Esto supone la proclamación de la fe, en todas sus formas, la invitación a la conversión, la comunicación de la gracia, la celebración de la Eucaristía del Señor. Todo esto es servicio esencial del hombre.

Pero la actitud servidora de la Iglesia importa, también, otras cosas. Ante todo, saber escuchar e interpretar al hombre. Para lo cual hace falta una gran sensibilidad humana; pero, al mismo tiempo, una profunda penetración en el misterio de Cristo, ya que sólo a su luz se esclarece el misterio del hombre (G.S. 22).

El servicio importa, además, ayudar al hombre a que sea más plenamente él mismo, a que pueda realizar libre y personalmente su vocación divina, a que pueda pasar de condiciones menos humanas a condiciones más humanas. Para lo cual será necesario hacerle tomar conciencia de su grandeza (y consiguientemente, despertarlo de la miseria en que se ve postrado), y hacer un llamado evangélico a la conciencia de los principales responsables de una situación de marginación o dependencia.

En esta línea de servicio, la Iglesia debe favorecer —por la palabra profética de sus Pastores y el compromiso temporal de sus laicos— el cambio pacífico de las estructuras que impiden el desarrollo integral de los hombres, la realización de su vocación divina, la perfecta construcción de sus pueblos.

¿Cómo cumplirá nuestra Iglesia su esencial tarea de servicio a nuestro pueblo y a nuestros hombres? A través de la plena existencia teológica de todos sus miembros. Viviendo a fondo su fe, su esperanza y su caridad.

*La fe:* como una expresión concreta de las realidades invisibles, como una manifestación de la presencia salvadora de Dios. Pero, también, como una permanente iluminación de las realidades temporales, como una profética interpretación de la situación humana (tal como se da aquí y ahora, con las posibilidades de gracia y con los riesgos de pecado), como un descubrimiento de la imagen de Dios en el hombre.

La fe interpreta al hombre en su condición histórica. Discierne lo salvífico o pecaminoso del tiempo y los acontecimientos. Descubre “el misterio de iniquidad” y proclama “a los cautivos la liberación” (Luc. 4, 18).

*La Esperanza:* como desprendimiento y espera activa de la salvación escatológica, como confianza cierta en la presencia actuante del Señor glorificado en la historia. Pero, también, como valoración positiva de los bienes temporales, como compromiso activo en la construcción del Reino en el tiempo de los hombres. La esperanza cristiana elimina la “desesperación” de los oprimidos, el “derrotismo” de los cansados, la “pasividad” de los indolentes, la “angustia” de los impacientes. Evita la “tentación de la violencia” armada porque “no es cristiana ni evangélica” (Pablo VI), pero compromete también sus fuerzas contra la “violencia institucionalizada”, porque ésta puede provocar “las revoluciones explosivas de la desesperación”.

*La Caridad:* como expresión del amor de Cristo que se encarna en el tiempo (asumiendo plenamente el dolor del hombre y la pobreza de su pueblo), que se entrega al Padre para realizar su obra, que da su vida para redención de todos. La caridad exige donación gozosa a Dios, sobre todas las cosas, disponibilidad plena a su voluntad, inmolación en su cruz. Pero exige también, el amor activo a los hermanos en su situación concreta, el servicio práctico, la entrega heroica de la propia vida. “No amemos solamente con la lengua y de palabra, sino con obras y de verdad” (I J. 3, 18). La caridad fraterna como expresión, fruto y plenitud del amor a Dios (I. J. 4, 20).

## C O N C L U S I O N

La Iglesia en Argentina afronta ahora un momento decisivo. Quizás el más grave de su historia. Lo tiene que hacer sin miedo y con coraje. Más que nunca hace falta una serena confianza en el Señor y con la poderosa acción de su Espíritu. Más que nunca, también, un amor generoso a nuestro pueblo. Hemos de ser los luminosos testigos de la Pascua: con lo que tiene de gozo y de esperanza, de inmolación y de cruz, de donación y de servicio.

Una interpretación teológica del momento actual de nuestra Iglesia nos lleva a concluir en que hemos de presentar la imagen de una Iglesia:

a) *segura y confiada* en el Señor. Que no teme el cambio ni lo desecha. Al contrario, lo asume en su propia *renovación interior*, profunda y equilibrada, manifestada en la búsqueda común, en el diálogo fraterno, en la audacia del Espíritu.

b) *profundamente unida en sus Pastores*. Viviendo a fondo la colegialidad sacramental: para la exactitud del diagnóstico, la seguridad en la interpretación y la eficacia en una decisión común;

c) *integrada en la Iglesia Latinoamericana*: compartiendo su suerte en plena comunión eclesial, recibiendo sus riquezas y comunicándole las suyas propias.

La Virgen, Nuestra Señora, nos dé su pobreza y disponibilidad para ser auténticamente fieles en nuestra hora.

Eduardo F. PIRONIO

<sup>1</sup> Exposición hecha ante la Asamblea Plenaria Extraordinaria del Episcopado Argentino (21 al 25 de abril de 1969).